

EL MARTIRIO

POR

ALFREDO SÁENZ, S. J.

Podría parecer que el tema del martirio no interese en nuestro tiempo, sino que es algo que atañe a épocas anteriores de la historia. Pero no es así. Quizás el siglo XX haya sido el siglo que conoció mayor número de mártires, en Méjico, en España, en Rusia... Por lo demás, la disposición al martirio constituye un elemento integrante de la existencia cristiana.

La palabra "martirio" es una palabra de origen griego, que significa "testimonio". Consiguientemente el "mártir" es el "testigo". Cuando Cristo envió a sus apóstoles a la evangelización el mundo les dijo: "Seréis mis testigos (mártires) en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra" (Act 1.7). Es decir que Cristo mandó a la Iglesia al martirio.

El martirio se da en el punto de confluencia de un gran amor y de un gran odio: el amor de Dios (encarnado en el mártir) y el odio del mundo (encarnado en el verdugo). Por eso nunca el martirio alcanzó una plenitud tan grande como cuando Jesús murió en la cruz. Cristo es el Mártir por excelencia y su Martirio es paradigmático: por una parte, la causa de su muerte fue su excesivo amor para con nosotros —amándonos, nos amó hasta el colmo (cf. *Jn* 13,1)—, y por otra, sobre Él recayó el odio satánico de todos los siglos.

La cruz es el lugar genético de la Iglesia. Ella nace del corazón mártir de Cristo atravesado por la lanza del soldado. De ese corazón abierto, brotó agua y sangre, que representan los dos sacramentos principales, el Bautismo y la Eucaristía, sacramentos con los cuales se construye y se consolida la Iglesia. Nace, pues,

la Iglesia, como fruto de un martirio, nace ella misma mártir, empapada en la sangre de su Esposo divino. Cristo Mártir y la Iglesia Mártir —Esposo y Esposa desposados en bodas de sangre— están en el origen de todo martirio cristiano.

Decíamos que el martirio es un elemento constitutivo de la existencia del cristianismo. Y, por ende, debe estar al alcance de todos. ¿Cómo nos será posible incluir el martirio en nuestra vida cristiana?

Ante todo a través de *la palabra*. Es lo que los antiguos llamaban "confesar la fe". No se trata, por cierto, de estar hablando siempre de Dios y del mensaje cristiano. Pero a veces se hace imprescindible hacerlo. No es fácil, sobre todo en esta época, donde Dios se ve marginado cada vez más, dar el testimonio de los libros, cuando la sonrisa burlona o el desdén irónico se dibujan en el rostro de los que nos rodean. A veces resulta realmente heroico.

Un segundo nivel de martirio es el de *las obras*. El testimonio del ejemplo es muy importante, a veces más arrebatador que el de la palabra. Un testimonio mudo pero preñado de elocuencia. Obrar en coherencia con lo que creemos es también muy difícil en nuestro tiempo. Siempre lo fue, pero hoy más que nunca, cuando la corrupción invade todas las esferas de la sociedad y hasta la gente se gloria de obrar en conformidad con lo que San Pablo llamó "el espíritu del mundo" (cf. 1 Cor 2, 12).

Queda un tercer nivel de martirio, y es el de *la sangre*. Generalmente cuando se habla de martirio se entiende tan sólo este tipo de martirio, el sacrificio cruento de la propia vida. Dicha clase de martirio es el acto principal de la virtud de la fortaleza, así como la expresión más ardiente de la caridad, según aquello que dijo el Señor: "Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

Quizás no nos sea concedida la gracia del martirio cruento, como a tantos de nuestros hermanos en el siglo xx. Pero al menos estarán siempre a nuestro alcance las dos primeras formas de martirio: el de la palabra y el de las obras.